MUNDO DE LIBROS

# La Biblia en España, Tomo III (de 3) O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península

GEORGE BORROW

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

# La Biblia en España, Tomo III (de 3) O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península

*George Borrow*

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Note: Images of the original pages are available through Internet Archive/Canadian Libraries. See https://archive.org/details/labibliaenespa03borr

Project Gutenberg has the other two volumes of this work. Tomo I: see https://www.gutenberg.org/ebooks/51019 Tomo II: see https://www.gutenberg.org/ebooks/51020

## NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

En el texto las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas como MAYÚSCULAS.

## COLECCIÓN GRANADA

## VIAJES

# BORROW: LA BIBLIA EN ESPAÑA TRAD. DEL INGLÉS POR M. AZAÑA

# LA BIBLIA EN ESPAÑA

O VIAJES, AVENTURAS Y PRISIONES DE UN INGLÉS EN SU INTENTO DE DIFUNDIR LAS ESCRITURAS POR LA PENÍNSULA

POR

# J. BORROW

# TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS POR MANUEL AZAÑA

## TOMO III

[Illustración]


## COLECCIÓN GRANADA JIMÉNEZ-FRAUD, Editor.—MADRID



ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA
LA LEY



Imprenta Clásica Española. Glorieta de Chamberí. Madrid.


## ÍNDICE

_Páginas._


CAPÍTULO XXXVI. — Estado de los asuntos en Madrid. — Nuevo Ministerio. — El Obispo de Roma. — El librero de Toledo. — Las espadas. — Las casas de Toledo. — La gitana abandonada. — Diligencias mías en Madrid. — Otro criado. 13

CAP. XXXVII. — Euscarra. — El vascuence no es el irlandés. — Dialectos del sánscrito y del tártaro. — Una lengua de vocales. — La

poesía popular. — Los bascos. — Sus caracteres. — Las mujeres bascas. 26

CAP. XXXVIII. — La prohibición. — El Evangelio, perseguido. — Inculpación de brujería. — Ofalia. 38

CAP. XXXIX. — Los dos Evangelios. — El alguacil. — La orden de prisión. — María la buena. — El arresto. — Me envían a la cárcel. — Reflexiones. — El recibimiento. — La celda en la cárcel. — Demanda de desagravios. 45

CAP. XL. — Ofalia. — El juez. — Cárcel de la Corte. — El domingo en la cárcel. — Vestimenta de los ladrones. — Padre e hijo. — Un comportamiento característico. — El francés. — La ración carcelaria. — El valle de las sombras. — Castellano puro. — Balseiro. — La cueva. — La gloria del ladrón. 63

CAP. XLI. — María Díaz. — Reproches del clero. — Visita de Antonio. — Antonio en funciones. — Una escena. — Benedicto Mol. — Su peregrinación por España. — Los cuatro Evangelios. 85

CAP. XLII. — Salida de la cárcel. — Las excusas. — El corazón humano. — La vuelta del griego. — La Iglesia romana. — La luz de la Escritura. — El arzobispo de Toledo. — Una entrevista. — Piedras preciosas. — Una resolución. — El lenguaje extranjero. — Despedida de Benedicto. — La caza del tesoro en Compostela. — Realidad y ficción. 97

CAP. XLIII. — Villaseca. — Una casa morisca. — La puchera. — Un cónclave de rústicos. — Ceremoniosa urbanidad. — La flor de España. — El puente de Azeca. — El castillo en ruinas. — Nos echamos al campo. — Demanda de Testamentos. — El labrador

viejo. — El cura y el herrero. — La baratura de los Testamentos. 116

CAP. XLIV. — Aranjuez. — Una advertencia. — Aventura nocturna. — Nueva expedición. — Segovia. — Abades. — Curas facciosos. — López, en la cárcel. — Liberación de López. 136

CAP. XLV. — Regreso a España. — Sevilla. — Un perseguidor encarnizado. — La profetisa manchega. — El sueño de Antonio. 150

CAP. XLVI. — Se reanuda la obra de propaganda. — Aventura en Cobeña. — El poder del clero. — Autoridades rurales. — Fuente la Higuera. — El contratiempo de Victoriano. — La cárcel del pueblo. — La cuerda. — Un recado de Antonio. — Antonio, en misa. 157

CAP. XLVII. — Término de nuestros trabajos rurales. — Alarma del clero. — Una nueva tentativa. — Triunfo en Madrid. — Duende o alguacil. — El bastón de mando. — El corregidor. — Una explicación. — El Papa en Inglaterra. — La exposición del Evangelio. — Obras de Lutero. 171

CAP. XLVIII. — Proyecto de viaje. — Una escena sangrienta. — El fraile. — Sevilla. — Bellezas de Sevilla. — Naranjos y flores. — Murillo. — El Angel de la guarda. — Dionysius. — Mis coadyuvantes. — Demanda de Biblias. 186

CAP. XLIX. — La casa solitaria. — La Dehesa. — Juan Crisóstomo. — Manuel. — La librería en Sevilla. — Dionisio y los curas. — Atenas y Roma. — Proselitismo. — Embargo de Testamentos. — Salida de Sevilla. 201

CAP. L. — Noche en el Guadalquivir. — La luz del Evangelio. — Bonanza. — La playa de Sanlúcar. — Panorama andaluz. — Historia de una caja. — _Cosas de los ingleses._ — Los dos gitanos. — El cochero. — El gorro de dormir encarnado. — El vapor. — El idioma cristiano. 216

CAP. LI. — Cádiz. — Las fortificaciones. — El cónsul general. — Anécdota característica. — Un vapor catalán. — Trafalgar. — Alonso Guzmán. — Gebel Muza. — La fragata _Orestes_. — El león hostil. — Las obras del Creador. — Un lagarto del Peñón. — El gentío. — La reina de los mares. — Oración por mi país. 234

CAP. LII. — Un hostelero jovial. — Los aspirantes a la gloria. — Un retrato. — Los _Hamales_. — Una excursión. — Labriego y soldado. — Las excavaciones. — Un tirón de la ropa. — Judas y su padre. — Peregrinación de Judas. — La barba frondosa. — Los falsos moros. — Judas y el hijo del Rey. — Vejez prematura. 257

CAP. LIII. — Marineros genoveses. — La cueva de San Miguel. — Un abismo tenebroso. — Un joven americano. — El propietario de esclavos. — El brujo. — Un incrédulo. 281

CAP. LIV. — Otra vez a bordo. — Un rostro sorprendente. — El Haji. — Nos damos a la vela. — Los dos judíos. — Un barco americano. — Tánger. — Adun Oulem. — La riña. — Lo prohibido. 292

CAP. LV. — El muelle. — Los dos moros. — Djmah de Tánger. — La casa de Dios. — El cónsul británico. — Espectáculo curioso. — La casa mora. — Juana Correa. — Ave María. 307

CAP. LVI. — El Mahasni. — Sin Samani. — El Bazar. — Santos moros. — ¡Mira la ayana! — La higuera chumba. — Sepulturas judías. — La mansión de los esqueletos. — El mozo de cuadra. — Los caballos de los musulmanes. — Dar-dwag. 320

CAP. LVII. — Un trío singular. — El mulato. — La oferta de paz. — Moros de Granada. — _Vive la Guadeloupe!_ — Los moros. — Pascual Fava. — La argelina ciega. — La retreta. 338

## LA BIBLIA EN ESPAÑA

## CAPÍTULO XXXVI

Estado de los asuntos en Madrid. — Nuevo Ministerio. — El obispo de Roma. — El librero de Toledo. — Las espadas. — Las casas de Toledo. — La gitana abandonada. — Diligencias mías en Madrid. — Otro criado.

Durante mi viaje por las provincias del Norte de España, que ocupó una parte considerable del año 1837[1], sólo pude realizar una porción muy pequeña de lo que en un principio me había propuesto hacer. Los resultados de los trabajos del hombre son insignificantes comparados con los vastos designios que su presunción concibe; sin embargo, algo se había conseguido con mi reciente viaje. El Nuevo Testamento de Cristo se vendía ya tranquilamente en las principales ciudades del Norte, y contaba con el amigable concurso de los libreros de aquellas partes, especialmente con el del viejo Rey Romero, de Compostela, el más importante de todos. Además, había yo repartido con mis propias manos un número considerable de

Testamentos entre individuos particulares, todos de las clases bajas, a saber: muleteros, carreteros, _contrabandistas_, etc.; de suerte que, en conjunto, tenía motivos bastantes de reconocimiento y gratitud.

[1] Regresó a Madrid el 30 de octubre (Knapp).

Encontré nuestros asuntos en Madrid en situación nada próspera: en las librerías se habían vendido pocos ejemplares. ¿Qué otra cosa podía esperarse racionalmente en unos tiempos como los que acababan de pasar? Don Carlos había llegado a las puertas de la capital con un fuerte ejército; ante la amenaza del saqueo y de la degollina inminentes, la gente se preocupó más de poner en salvo vidas y haciendas que de leer ninguna clase de libros.

Pero el enemigo ya se había retirado a sus reductos de Alava y Guipúzcoa. Tuve, pues, esperanzas de que amaneciesen días mejores y de que la obra, bajo mi vigilancia, prosperaría, por la gracia de Dios, en la capital de España. El lector verá a continuación cuán lejos estuvieron los hechos de corresponder a mis deseos.

Durante mi viaje al Norte había sobrevenido un cambio total en el Ministerio. En lugar del partido liberal, arrojado del Gabinete, entró el partido _moderado_; por desgracia para mis planes, los nuevos ministros eran personas a quienes yo no conocía y sobre quienes mis antiguos amigos Istúriz y Galiano tenían poca o ninguna influencia. A estos señores se les dejó sistemáticamente aparte, y su carrera política pareció terminada para siempre.

Del nuevo Gobierno poco podía yo esperar: casi todos los hombres que lo formaban habían sido cortesanos o funcionarios del difunto rey Fernando, eran partidarios del absolutismo y no estaban en modo alguno dispuestos a hacer o permitir cosas que pudieran enojar a la

Corte de Roma, a la que ansiaban tener contenta, esperando inducirla quizás a reconocer a la niña Isabel II, no como reina constitucional, sino como reina absoluta.

Ese partido se mantuvo en el poder durante lo restante de mi residencia en España, y me persiguió, menos por odio y maldad que por política. Sólo a la terminación de la guerra perdió su preponderancia y cayó con su protectora, la reina madre, ante la dictadura de Espartero.

El primer paso que di después de mi regreso, tocante a la difusión de las Escrituras, fué muy atrevido. Consistió ni más ni menos que en abrir una tienda para vender los Testamentos. La tienda estaba en una calle importante y animada: la calle del Príncipe, inmediata a la plaza de Cervantes. La amueblé muy bien con armarios de vidrieras y cornucopias, y puse al frente de ella a un gallego listo, de nombre Pepe Calzado, que todas las semanas me daba cuenta fiel de los ejemplares vendidos.

Al día siguiente de abrir el establecimiento, estaba yo en la otra acera de la calle, apoyado de espaldas en la pared, cruzado de brazos, contemplando la tienda, en cuyos huecos se leía en grandes letras amarillas: _Despacho de la Sociedad Bíblica y Extranjera_, y, sumido en mi contemplación, pensaba: «¡Qué inesperadas mudanzas trae el tiempo! ¡Ocho meses he pasado de aquí para allá en esta vieja España, tan papista, repartiendo Testamentos como agente de una Sociedad que los papistas tienen por herética, y no me han lapidado ni quemado! Ahora, en la capital hago lo que a cualquiera le hubiera parecido causa bastante para que todos los difuntos inquisidores y familiares enterrados dentro de sus muros se alzaran de sus tumbas

## Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

**tiendamundodelibros.com**